

Testimonio de Guillermo Prieto*

- ¿Y ahora quién manda en nuestra tierra?
- ¡Toma! el General Santa-Anna, que acaba de derrotar en Guajuato á los religioneros.
- ¿Y para llegar al General Santa-Anna con quién sería bueno hablar?
- Con el dueño de la casa en que está viviendo.
- ¿Cómo se llama?
- Se llama el Sr. Lic. Don Andrés Quintana Roo, Ministro de Justicia.
- ¿Qué clase de persona es ese señor?...
- ¡Oh amigo!. . . . ¡un grande hombre, un pozo de ciencia!
- Píntemelo Ud.
- Figúrese Ud. que á los 49 años era Secretario del gran Morelos, y á poco todo un excelentísimo señor. Y es del arma.
- ¿Cómo del arma?
- Lo dicho, poeta como Ud. Figúrese Ud. un hombre de 35 á 40 años, moreno, de frente pálida, amplia, eminente, como hecha adrede para trono; de un gran entendimiento, los ojos negros y húmedos de pasión, el cabello entrecano; es caído de hombros y lleva la cabeza inclinada, anda expedito y empuña su bastón por el medio como si lo llevase de encargo. . . lo principal se me olvidaba, es lampiño y sin rastro de bigote ni cosa semejante. . .
- Voy á verme con él y le impondré de mis planes.

* Fuente: Guillermo Prieto, *Memorias de mis Tiempos*, México, pp. 61 - 74.

-¡Muchacho del demonio! ¿cómo andamos ahí?...

-Como Ud. lo oye. Como Dios me ayude, le dejo con la boca abierta.

Nada dije en la casa; esperé la noche, hice mi excursión al despojado, al primer árbol que encontré le habilité de prócer y le conté mis cuitas... después formaba diálogos más ó menos afectuosos, y por fin... me retiré riendo unas veces, llorando otras, hablando á solas en mis grandes salones que fueron siempre las alborotadas calles de San Juan. Esperé las oraciones de la noche y fui á estrechar la mano de D. Melesio como equivalente de bendición paternal.

Al dejarlo, no pude menos que echar una ojeada al espejo para darme cuenta de mi facha... Estaba estupendo: mi sombrero había cobrado la forma de un armónico; mi barragán verde, de forro encarnado, era una criba y un mapa según su diversidad de colores y líneas, y mi corbata, en riña con mi camisa, pugnaba por invadir mi barba dejando al descubierto una zona de piel blanca que tenía toda la novedad de lo inesperado.

Atravesé plazuelas y calles cada vez más conmovido; crucé por la Inquisición, Sepulcros de Santo Domingo, y al llegar á la siguiente esquina, el 2 del zaguán, la puerta de par en par abierta, los soldados y el trajín me advirtieron que estaba en el punto que deseaba.

Amplísimo patio, quinqués y reverberos por todas partes, barriles con naranjos, macetas espléndidas en las alturas, y reverberando como sol, en una columna un farol sostenido por una S de fierro con ráfagas y primores.

En el patio se encontraban las corrientes de clérigos, oficiales, próceres, lacayos y servidumbre bullanguera y ladina...

Nadie paró mientes en mí, pero á mi todos me parecían próceres y gente de coturno, y como los veía desairar á los unos, dejar á los otros con la palabra y estirarse pedantescos, volviendo la espalda á los desconocidos, atisbé á una viejecilla á quien pregunté con la mayor compostura y cortesía que me fueron posibles, por el Lic. D. Andrés.

La anciana me designó con toda precisión el departamento destinado al señor Presidente, y la pieza del corredor casi frente al

zaguán, en donde era el estudio y asistía el potentado objeto de mi solicitud.

Dirigíme donde se me señaló, trémulo, palpitante, casi arrepentido de mi temeridad, como temiendo que cualquiera de aquellos feroces de sable curvo y de bigotes me aprehudiesen como á malhechor.

Avanzando y queriendo retroceder, embarrándome á la pared, llegué á la puerta del estudio que estaba medio entornada.

Toqué casi imperceptiblemente. Nadie respondió; me aventuré á espiar.

La pieza, que era amplísima, estaba casi oscura, porque un velador verde, de campana, cubría la luz alumbrando el escritorio, y marcando un gran círculo de claridad en el cielo raso.

La pieza estaba maqueada; en la extensa pared del frente de la mesa había colocados estantes de madera fina, y cristales coronados de colosales bustos de Sócrates, Platón, Aristóteles, Homero, Dante y otros filósofos y poetas.

A la derecha de la mesa ví un amplio sofa de caoba y cerda negra, á su frente una mesita pequeña sobre un riquísimo tapete.

Me fijé en la mesa central: la figura que en ella se destacaba era realmente augusta; tenía la pluma de ave en la diestra mano, la cabeza inclinada, la mano siniestra como en actitud de accionar.

La misma frente pálida y severa, tirando á cuadrada, característica del yucateco, los propios ojos. Vestía una chaqueta blanca como nieve y tenía en el hombro su *paliacate* que por manía colgaba de un hombro sobre el pecho; los cigarros se veían cerca y el indispensable braserillo de plata con brasas enterradas en ceniza para los fumadores de categoría.

Todo aquello me parecía fantástico; tenía respirar, porque se me figuraba que con un soplo desaparecía aquella visión.

Al fin me resolví. . . toqué más recio.

-Pase.

Yo avancé al interior de la pieza. El Sr. Quintana dejó la pluma, colocó su mano extendida sobre las cejas y me dijo. . . Acércate.

Yo me acerqué hasta su asiento.

—¿Qué quieres, hijo? Dí tu negocio.

Entonces yo, como quien dispara una ametralladora, balbuciente y tímido al principio, después animado, al último vehemente, le conté la muerte del señor mi padre, las ingraticudes de que era víctima de parte de sus relaciones aristocráticas, la locura de la señora mi madre, mis sueños, mis aspiraciones, mi miseria y mis últimos desengaños; pero todo esto declamando, sollozando, reclamando piedad mi acento dolorido ó haciendo partícipe á mi oyente de mis quimeras ambiciosas, llenas de fiereza y orgullo.

Quiso interrumpirme el Sr. Quintana; yo no le permití, le ví conmovido, lloró con mis penas y se levantó al fin con precipitación saliendo de la pieza y dejándome solo.

Yo no sabía lo que por mi pasaba; se me figuró que el Sr. Quintana iba á llamar á la guardia para que me pusiese preso.

No era así: el caballero penetró en la habitación de la familia y pintó sin duda mi aparición con tal colorido, que la señora y las señoritas, no contentas con el dinero que iba á pedir el Sr. Quintana, reunieron monedas nuevas y no recuerdo si algunas joyas para obsequiar á mi señora madre, y á tal punto se despertó en ellas la curiosidad, que quisieron espiar lo que pasaba entre el Sr. Quintana y yo.

Volvió el sabio a su asiento, y sin duda para que me oyese su familia me habló de mi señora madre.

Mi alma se desbordó con tal ternura; aquel sentimiento puro que tenía la santificación del dolor, á mí mismo me pareció tan bello y tan conmovedor, que me parece que algún espíritu celeste habló por mis labios, y jamás he podido recordar lo que expresé. . .

Dominando su emoción el Sr. Quintana, pero vibrando las lágrimas en su voz, me dijo, dándome un puñado de monedas:

—¡Ea! ¡muchacho! toma, llévale á tu mamá, socorre sus necesidades, y cuando necesites vuelve. . .

No sé por qué me hirió hasta enloquecerme aquella dádiva; el frío de la limosna sin afecto; la marea de la distancia entre el mendigo y el prócer; el hasta aquí del favor; . . . la fórmula. . . ¡la vanidad redimiéndose de las exigencias de la miseria! . . .

Tomé aquellas monedas, y las tiré con ira al suelo, sin saber lo que hacía.

—Señor, no haga Ud. esto conmigo. Yo buscaba un padre; yo quería un amparo que me guiase, que me indulgase, que me hiciera apreciable, sabio, querido como lo es Ud. Y me trata como un pordiosero. ¿Es Ud. un mal hombre?

El Sr. Quintana estaba aturdido. . . De pronto, y como quien toma una resolución, me dijo:

—Cálmate hijo, sí, porque serás mi hijo; cálmate, siéntate, serénate. . . Ya no te doy dinero, ¿quieres tomar chocolate conmigo? tómalo, hablaremos. . . Pidió su chocolate.

Colocaron una servilleta albeando en la mesita del frente del sofá.

—Tú no tomas chocolate. . . verás te traerán dulce. Hizo seña al criado que volvió con un platón, y en él un magnífico borrego de alfeñique con sus lanas sembradas de oro volador y listones, y sus ojos de escuditos de oro.

—Sírvete.

Me serví contento el pie entero del borrego.

Había á mi frente una montaña de puchas, rodeos, soletas y mostachones.

El Sr. Quintana era muy naturalmente gracioso; yo estaba contentísimo, y ni reirme podía, porque mi boca estaba ocupada por los bizcochos.

Yo le hablaba con el mayor desparpajo; pero recordando á mi mamá y deseando que participase de mi convite, emboscaba mis dedos y guardaba una soleta, un mostachón. El Sr. Quintana lo veía con el rabo del ojo y se limpiaba el llanto con disimulo.

—Muy bien, me dijo cuando acabamos.

—¿Cuántos años tienes?

—Quince voy á cumplir.

—¿Y tú que sabes hacer?

—¿Qué sé hacer?... se hacer sonetos;... y eso sí en menos de un decir Jesús.

Soltó la carcajada el Sr. Quintana.

Y para desterrar su incredulidad, tomé la pluma é improvisé un endiablado soneto del que apenas he podido retener esta cuarteta:

“En la risueña edad de los amores,
“Cuando el vendado Dios muestra contento
“Yo sólo acompañado del tormento,
“Sufro de la fortuna los rigores.”

Yo no sé cómo seguía el verso, pero sí que mi suerte estaba en un tris y que el Sr. Quintana era se arbitrio.

—Es necesario que algo sepas por ahora; y para que socorras á tu señora madre ocupándote, te daré una carta para el Sr. Castaños, administrador de la Aduana; otra te daré para el Sr. Iturralde, rector de San Juan de Letrán para que algo te enseñen. Yo te daré algunos libros, todos mis libros... porque eres mi hijo...

Salté al cuello de mi bienhechor, besé su frente y la inundé de lágrimas... y tuve en él desde entonces un maestro, un bienhechor, y un segundo padre...

Llevé triunfal noticias y cartas á D. Melesio; participé á mis bienhechoras mi nueva posición, y después de trámites, no para contados, instalé por mí, y asumiendo la responsabilidad de mi independencia plena, á la señora mi madre en una vivienda interior, calle de la Cerca de Santo Domingo número 11.

En la aduana, el Sr. Castaños, que era un chiquitín brioso, fandangero, moreno, de ojos negros con grandes pestañas, y franconote, me hizo meritorio gratificado con diez y seis pesos mensuales.

En el Colegio entré cuitado á la cátedra de Gramática, y no contento con tanta aspiración, me inscribí en Minería con D. Manuel Castro en la cátedra de Matemáticas y en la de Inglés que ya servía Juan Palacios.

Por supuesto que mi abolengo, mi amparo y mi centro, era la casa del Sr. Quintana, que frecuentaba día á día. El Sr. Quintana me señalaba mis lecciones desde Gramática, porque yo apenas y malamente conocía á Herranz y Quiroz.

En el estudio del Sr. Quintana conocí á Rodríguez Puebla, fino al parecer; mulato, amanerado, confesando con lisura su humildísimo origen y desconfiando de cuanto le rodeaba. Mandaba por un coche, y en la puerta de su casa le decía siempre al cochero: á la plaza! para extraviar el juicio de sus oyentes, y en la plaza daba su dirección al *áuriga*. De puro cumplido, era severo y hasta cruel con los muchachos.

Allí vi y escuché muchas veces al grande Heredia: con su tez morena, su frente radiosa, nariz delgada, boca grande con largos dientes, su risa estridente que repelía, y su desigualdad de carácter. Nació en la Habana, tenía pronunciación semi-andaluza. Me llamaba *el escribiente*.

Muy pocas veces ví en aquel estudio á Zavala: rechoncho, moreno, de poblada patilla, ojos pequeños muy penetrantes, de hablar difícil y precipitado; no le gustaba dormir en alto, y decía que lo mejor que había escrito era sin saber lo que decía y con algunas copas en el estómago.

El Sr. Quintana redactaba entonces el *Correo de la Federación*, en que se admiran sus escritos luminosísimos sobre política, y su polémica con el padre Ochoa, autor de las *Poesías de un Mexicano* que le valieron grandes y merecidos elogios de D. Alberto Lista, y que despertaron conocimientos y estudios sobre Prosodia, que eran de todo punto desconocidos en México. Al Sr. Quintana se debió el conocimiento y estudio de la Ortología y Prosodia de Sicilia en los círculos literarios.

En la Aduana, y merced á mi Musa Callejera, unos compañeros me relacionaron con los toreros y vaqueros de más fama, porque eran gente de á caballo; otros músicos con Beristain, Balderrama y los Arsinas, guitarristas sublimes; otros con Domingo Ibarra, Alejo

Infante y otros bailadores que extasiaban; y los pulcros y currutacos, con niñas decentes, sentimentales y eléctricas, que se desmorecían con la recitación de mis versos, y me hacían confidente de sus pasiones mal correspondidas, sin darme rédito alguno por la depositaría de sus secretos.

Entre esas relaciones, tres fueron tiernísimas y fraternales para mí: Manuel Payno, Casimiro Collado y José Zozaya, tipo del elegante de la época.

Manuel Payno, hijo de D. Manuel Payno Bustamante, antiguo, laboriosísimo y honrado empleado en Hacienda, servía como meritorio de la Dirección General de Rentas, cuyo jefe era el sabio juriconsulto D. José Ignacio Pavón.

Payno, listo, travieso, buen jinete y rendido con las damas, explotaba el nombre y las buenas relaciones de su padre, y era el dije, el contento y el ensueño dorado de miles de polluelas de poca fortuna que le elogiaban su sedoso cabello y sus grandes ojos negros.

Para todos los juegos tenía Payno rara aptitud; en el billar se lucía, en los albrures de ancianas era un primor, y en el baile una verdadera maravilla.

Sus aspiraciones eran de gente encopetada: Juan de Dios Peza, los Mosos, sobrinos del Emperador Iturbide, Nacho Algara; los Suárez, Antonio y Juan, y los Peñas eran sus ideales, y se desvivía por acompañarlos en saraos y días de campo, bailes y correrías de rancharo.

Habilísimo pendolista, se hizo lugar distinguido en la oficina, y sagaz con sus jefes, le crearon excelente reputación.

La invectiva era el fuerte de Payno; transformaba un traje, sugería un peinado, y se creaba recursos, porque los de su buen padre eran escasos para vestir elegante y codearse con la alta sociedad.

Casimiro Collado tendría de doce á trece años; acababa de llegar de España (año de 1838). Era realmente hermoso, su cabello rubio, sus ojos claros, su boca perfecta, una blancura alabastrina como transparentando los tintes de la aurora.

Era Casimiro desembarazado y alegre. No obstante su escasa

fortuna, tenía en la palma de la mano sus dineros á la disposición de sus amigos, y cuando hablaba, pero especialmente cuando recitaba versos, su voz cobraba naturalmente armonía deliciosa y seductora.

Casimiro recibía mis confidencias poéticas, yo las suyas. Le contaba mis cuitas. Me correspondía, abriendo ante mí su relicario de recuerdos con la pintura de su padre, abogado, sabio y austero, de voz sentenciosa y ceja poblada; pero la bondad misma, y de la montaña, con aquel orgullo y aquel retintín, y aquella grandeza que sólo saben los hijos de Santander.

José Zozaya era el tipo del galán joven de la clase media: bello de figura, esmerado en el traje, melifluo cantor que se acompañaba en la guitarra las canciones, tiernamente mimado por una tía rica de quien era adoración.

Zozaya era la deidad de las viejas á quienes complacía, para las que tenía estampas, escapularios y obsequios, con quienes discutía de guisos y fiestas religiosas, y de quienes tenía encargos de todo género.

En el colegio, nadie como Lacunza era mi asombro por su carácter y por su temprana sabiduría. Delgado; de cabeza enorme, recalcando la *rr* al hablar, frío, autoritativo y con supremo desdén por lo que no fuesen los triunfos de la sabiduría. Lacunza era en el colegio una potencia.

Comenzaba á estudiar leyes. En su acto de Filosofía se distinguió tan extraordinariamente, que el Presidente Pedraza, que fue padrino de su acto, le concedió de su peculio una pensión de diez y seis pesos mensuales que le daba D. Juan B. Lisos.

Lacunza tenía una tía que le había servido de madre. Señora de alta alcurnia, de palabra altisonante y compasada; que fumaba purillos delgados y se embozaba como en una capa en su pañolón de lana para recibir visitas.

A la señora dedicaba Lacunza sus atenciones filiales con tal reverencia y cariño, que nos admiraba: la velaba el sueño, la curaba en sus enfermedades, era su apoyo en las calles, su compañero en el templo, su esclavo en todas partes.

¡Qué admirable era la inteligencia de Lacunza! Conocía el latín

perfectamente, hablaba el francés con singular corrección, el italiano le era familiar, y si no pronunciaba bien el inglés, lo traducía con elegancia suma aun cuando se tratase de Sheakpeare ó de Sweft.

Su cuarto estaba desmantelado, pero con muchos y buenos libros. Pasaba horas enteras bocarriba en su catre, leyendo ó estudiando, sin acordarse de probar bocado, y era para él contento y halago que se le consultase sobre cualquiera materia y darle ocasión de participar de sus luces á sus amigos y compañeros.

Le encantaba el sofisma; en la discusión era su placer apoderarse de los argumentos del contrario, ampliarlos, robustecerlos, hacerlos aparecer unos instantes como triunfando. . . para desvastarlos de un soplo, exponiendo, entre los escombros de sus racionios, anonadado á su adversario vencido. . . y volviéndole la espalda con indiferencia.

Había llamado la atención su canto á Tampico, hecho con motivo de la invasión de Barradas, y aunque tales antecedentes habrían podido abrirle la carrera y relaciones políticas, se negó constantemente á toda representación fuera de su colegio, cultivando consecuente la amistad de Juan Hierro, Vicente Gómez Parada, Manuel Tossiat Ferrer y yo.

Con los elementos descritos, ya se sospechará que mi vida impulsada por mi movilidad de quince años, mi irritabilidad de coplero, mi vocación por las chinas, mi ambición de estudiante y mis decepciones de miopía, era una barahunda febril.

Recibía día á día lección del Sr. Quintana, y después de cumplida esa obligación. . . era el culto á lo contingente y lo inesperado.